



Jaime
Labastida
A la
intemperie

1
Invoco tu nombre como en un exorcismo
y me incorporo.
Bajo árboles de pólvora y silencio
te conjuro para que en ti
mi libertad no conozca medida.
Te consagro ahora estos pedazos
de papel maltratados;
cúdalos como si fueran
animales domésticos que comen de tu mano.

2
Estoy desamparado, interiormente destruido,
como si sólo azufre hubieran en mi pecho
encontrado mis dedos,
como si sólo úlceras, desnudez y vacío.
Una orfandad sin límites me descubre y denuncia.

¿Quién me arrebató mis cicatrices?

Estrechar tu cintura es descubrirme.
Quiero encontrar un cuerpo donde refugiarme,
un cuerpo, ¿el del anís, el tuyo, amor,
el de la lucha?, que sea el mío.
Pero en dónde protegerme
si llegan de todos sitios
noticias del desastre y adentro
de mí mismo las nutrias
devoran ruiseñores; sólo veo
el tentáculo carnívoro de las anémonas,
dos huracanes
y el enmohecido epílogo del mundo.
Ya sólo queda en mí
esta anatomía de garabato,
de sacudido en todas manos guiñapo
y caigo en el dolor, su ala me arrebató.

Ya no me reconozco.
En el aire camino como en una
inmensa piel de luces y topacios.
Nada peleo, pero desciendo
al cenote sagrado, al nauseabundo
pozo en donde están la escoria,

la muerte de mi amigo,
la herida que no me cicatriza,
la vida de tragedia
que somos y seremos.

Destruyamos. Que nuestros sucesores,
a su vez, destruyan. Que nos recuerden
por ser magos o brujos de violencia;
porque yo en golpes de continuada gracia
me construyo: mujer, revolución,
la vida, el mundo.

3
No hay sitio en el que pueda
apoyar la sombra de mis pies
del que no brote sangre
coagulada en piedra,
esqueletos del aire abrazados al limo.
De muerte y barro antiguo mi alimento.
Y nosotros, ceniza.

Cuando toco tu torso
hay algo que se quiebra.
Cuando estrecho la mano del amigo,
siento que crujen
arquitecturas de cristal y hielo,
que los pinos se hienden.
Parece dialogara con ausentes:
galopa, cráneo adentro, la vigilia,
ánades furiosos baten mi cerebro.
No tengo paz,
ni soy feliz ni nada.
¿Por qué esta mancha vegetal en la palabra?
Quizá arrebató esta mujer a otro hombre,
oh coágulo de tela, plumas, voces.

Cuando yazgo a tu lado, mujer,
brota un fantasma,
una mano sin huesos,
un cartílago muerto;
y entre mi boca y la tuya
gritan y jura desahuciados hombres.
¿Cómo besar entonces



tu mirada de ola, tus axilas
definitivamente submarinas?
Parezco dormir sobre siniestros.

Riesgo es entonces la cosecha,
frágil barca la joven,
pequeña alcoba tu vida
que me duele, mujer,
en el constante insomnio.

4

Algo caerá.
Las derramadas frutas nos darán alcoholes;
la cebada será fermento de catástrofe.

Cerremos los ojos ante tanto perfume
de sabinos secos. Por un instante,
cuando la araña sorbe el cerebro
de la mosca, miro la humeante
eternidad, esa pequeña boca
que devora; toda crisálida me pierde,
me destroza un guijarro,
el delicado insomnio de la abeja
me trastorna y deliro.

Y llegará la destrucción;
el esquema del nopal caerá en el suelo,
fallará en un punto la silueta del girasol,
podrido a muerte por la luna;
los coyotes comerán su propio corazón;
el águila será casi cartílagos
sin estructura vertebral ninguna;
no hay esperanza sino alcoholes
esparcidos por las noches
poderosas de viñedos
que truenan su amargura
en las quijadas de los montes.
El centeno, la piña, el mezcal,
la manzana luchando a muerte
por ocupar un sitio en mi garganta.

Vienen tus amados pero extraños senos,
en equilibrio intenso

sobre abismos de espadas
cuando bailas; pero la roca misma
es mariposa y tus senos
irremediabilmente van a la tiniebla:
no quiero, no puedo detenerlos,
queda incrustado en mi cerebro
un dardo, oh ternura
que se consume lastimándose.

Yo desnudo, trigo, alacrán,
mercurio que escapa de mis propias manos:
no puedo controlarme, no puedo
contenerme y ser el vaso
que limite al azogue.

Pienso la derrota
como si acabara de cometer un crimen.
Beso el pasto, muerdo el tronco
de árboles porque quiero que me dure
este delirio por amanecer,
oh, nubarrón eléctrico de dicha.

5

Apoyada en mi sangre
observas el vuelo regular de los insectos
y quiero desgajarte;
repetir este gesto que descubre
tu ya mil veces vista desnuda piel
de abedul tambaleante.

No duermas. Una vez más,
merodeador nocturno, encuentro
tus secretos resortes de delicia.
Y sin embargo entre los dos combate
un cenizal enemigo.
Parece no tuviera ya más
derecho al goce,
alguien en mi conciencia torturado grita.
Casi no puedo amarte,
hay cielos asesinos, vientos
que en exceso de vida nos mutilan,
polillas que de libros carcomen
la palabra indispensable y única.

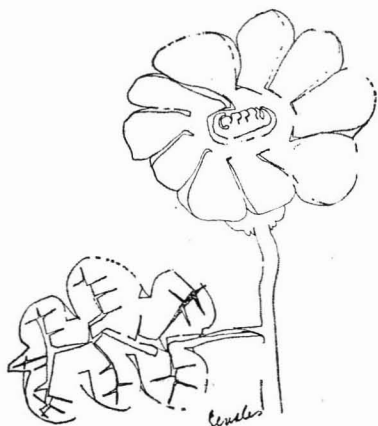
Sólo siento una espantosa lasitud de selva,
bostezos de pantano, caimán y garzas frágiles,
enjambre de insectos que caminan,
carcomido tronco de oyamel, mi cuerpo.

Y entonces me acostumbro
a disparar a bultos en la sombra,
maldigo al transitorio igual que yo
despojo del granito, la hormiga
que cercena la tierra paso a paso
buscando inútil horizonte
y entonces te combato,
crueldad y humillación de la esperanza,
parálisis del mundo,
hasta que ancleemos
nunca
en una abra infinita.

6 *Intermedio. Retrato de mi hija con una dalia*
La mañana abre sus alas al otoño.
La niña le sonríe porque ignora el peligro,
la amenaza del cielo y su lluvia de luces.

Animales superiores me rodean;
mi casa es campo llano a sus pisadas;
la lamprea maltrata a mi hija
con tan sólo mirarla.
Y entro en galerías y *andamios*
interiores; un ejército
de descargas eléctricas me acosa,
estoy a la mitad de un relámpago,
matan a mi lado inocentes cebollas,
el rostro de un viejo me parece
el infierno surcado por arrugas,
la seca piel de un chivo.

¿Quién me arrebató mis cicatrices?



Sólo guardo la imagen de una dalia
aplastada y pistolas en las manos
de esos súbitos dioses.

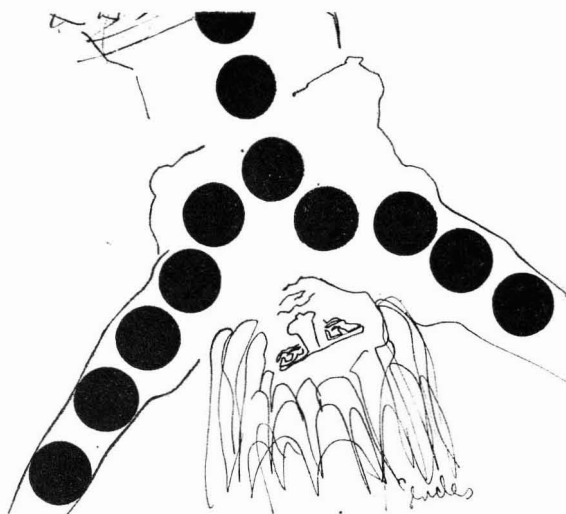
7

También del nácar brota
la delicada astilla
que encaramada en mi hombro aúlla,
oboe feroz que al combate convoca.

En la blancura brota,
testigo de la peste,
el rostro que labramos
sin jamás terminar.
No reconozco silueta más exacta
de mí mismo que ésta de la lucha:
contra tus dientes de jabalí
desnudo embato, oh tajante,
oh fiel naturaleza.
Arde al tacto del agua mi piel,
potasio súbito, tenaz
silencio petrifica flautas
y el corazón se busca uñas
con que agredir al mono
que cuerda musical
de un golpe rompe.

Quiero en tus arenas suaves
sumergirme; morderte
para olvidar este clavel
que me recuerda el Asia.
Pero no puedo ni en tu pecho
guarecerme, hasta en tu vientre
leo el asesinato.

Con el viento aciago, el alquitrán
y las estopas me querello.
Hoy alimento un árbol
para que crezca equilibrado y tenso.
Miro el ademán del aerolito
al quemarse en la atmósfera
y empuño el arma
contra el rapaz quebrantahuesos.



Como un acto de amor,
un eucalipto abre sus puertas
a la postrera dársena.

8
¿Puede pegar el fuego de alaridos?
Sí, cuando en la piel purificada asoman
ojos que áridos y resecos,
la humedad, la muerte, desolada
noticia nos anuncian. Llamas
desde la carne brotan;
y de los huesos camina otro dolor,
del nervio al aire: en qué terrible
y terrenal camino busca la luz
la médula del hueso: en arrayán sonoro
convertido, en lenguas, en cristales,
en minuto más largo que una hora.

Soy el nervio hecho espuma,
la libertad, el salto,
la carrera suprema
que emprendo por sólo rescatarme:

Cuando hablo de árboles,
cuando hablo de árboles que crecen
adentro de la frente y que palpitan
venas que ciegamente, aunque sea luz,
el fuego oprime; cuando hablo de ayer,
hablo de ahora y de mi propia
condición de lastimado; el légamo
me imprime cicatrices; y de huellas
remotas, de la violencia, el crimen,
de los caminos que el látigo
o el puro rastro del ojo de la amada
cuando miró mi espalda,
dejaron en la piel, construyo
un mundo amargo, hermoso, donde soy
de mí mismo indagado, golpeado
para que nada pida y luche
porque al fin lleguemos
a sufrir de otra manera,
con un dolor más alto,
desde un espacio en el que ya no hay,

nunca,
esperanza.

9
Por años busqué, perro enyerbado,
escalar el volcán
o tirarme a sus llamas;
entre el todo y la nada,
la salvación, el destierro
del ángel y su espada flamígera.
Corrí adentro de mi esófago,
observé mi tráquea y la basura
que la eternidad arrojaba
a mis hombros. Por años
perseguí una puerta
cuando el campo era abierto,
un agujero por donde
introducirme en otra realidad
que no me castigara.
Destrozaba mis puños
en las puertas del cielo
clausuradas por siempre
a mis golpes de aldaba
en noches de tormenta y manos
que acarician
mi cabello aterrado.

Y esto es lo que pasa.
Busco la libertad, la vida,
ésta, donde devoro,
con sòmbra hasta los codos,
magra ración de pan y paraíso,
donde te amo, mujer,
cielo desplomado que refleja
una sonata negra en sus cabellos;
donde mis manos son
las de esa multitud que disloca
las vértebras del cráneo
al cenizontle enemigo
para que al fin te bese
sin que un dedo de espanto
se interponga y seamos
ebrios cuerpos de anís.